

La Espada y el Espíritu

INDIA OCCIDENTAL | 24 de Mayo

José



José sentía que el corazón quería salirse del pecho mientras una turba de hombres enojados lo empujaba y atropellaba. Sus voces enojadas se hacían cada vez más fuertes, mientras esos hombres lo acusaban de crear problemas al introducir un nuevo Dios en la aldea. “¡Démosle unos buenos golpes!”, dijo alguien. “¡Mátenlo!”, gritaban otros.

Celo por Cristo

José no había sido cristiano por mucho tiempo. En su celo por compartir su nueva fe con otras personas, había llegado a la aldea como un pionero de Misión Global, para enseñar a otros de Cristo. Había hallado un hombre que quería saber de Cristo, y los hombres habían comenzado a estudiar la Biblia juntos. Antes de no mucho tiempo, ese hombre había tomado la decisión de entregar su vida a Dios.

A pesar de ellos, otros aldeanos los eno-

jaba que un cristiano hubiera llegado afin de estimular a otros para que comenzaran a estudiar la Biblia. Por eso, habían marchado hasta el hogar donde José se estaba hospedando y habían exigido que saliera de la casa.

José elevó una oración silenciosa mientras la turba lo rodeaba. Entonces, se dirigió hacia donde estaba el líder del grupo, que tenía una espada en la mano. Con suavidad, José puso su mano en el hombro del líder y le habló cortésmente:

–Hermano, he venido en paz, y en el nombre de Jesús, que es mi Dios y mi amigo. Él también quiere ser su Dios y su amigo.

El líder de la turba miró a José a los ojos, y se fue calmando. La turba se aquietó un poco. Entonces, el líder le presentó un desafío a José.

El desafío

–Tengo una hija –le dijo–. Ella tiene diez años, y ha estado paralizada durante seis. No puede moverse, y tampoco puede hablar. Venga y pí-

dale a su Dios que sane a mi hija. Si él la sana, entonces no lo vamos a molestar más. Pero, si la niña no se sana, lo vamos a matar.

El hombre tocó la espada que llevaba, con un ademán amenazante.

El hombre se volvió y comenzó a caminar hacia su hogar, y la turba se aseguró de que José los siguiera. Cuando llegaron a la casa del líder, la turba quedó afuera mientras José y el líder entraban en la vivienda.

El líder señaló a su hijita, Kamala. José se dio cuenta de que solo un milagro podría salvar la vida de la niña, y la suya propia. Entonces, se arrodilló junto a la cama y elevó una sincera oración a Dios. Pidió a Dios, en primer lugar, que perdonara sus propios pecados, y entonces le pidió al Señor que, si era su voluntad divina, la pequeña Kamala fuera sanada de su parálisis. “Ayuda a que los que están en esta sala comprendan que tú eres el Dios todopoderoso que creó la Tierra y todo lo que está en ella”, fue su oración.

Testigos del poder de Dios

José terminó de orar y se puso de pie. El padre de la niña hizo una seña a los dos hombres que estaban allí en la habitación. Entonces, los hombres ataron a José para asegurarse de que no pudiera escapar. José siguió orando por la niña, y unos minutos después vio que ella hacía un ligero movimiento.

¿Lo habría imaginado? No. Kamala se movió una vez más. ¡Entonces estiró una de sus piernas! José la animó a que siguiera intentándolo, y la niña estiró la otra pierna; y a continuación, sus brazos. José alabó a Dios, mientras seguía animando a la niña para que se moviera.

Poco a poco, Kamala logró sentarse. Entonces, mientras la familia observaba lo que sucedía sin atinar a pronunciar palabra, del gozo que sentían, Kamala bajó lentamente de la cama y se apoyó sobre las piernas que por tanto tiem-

po habían estado inactivas.

A continuación, dio un paso vacilante, y luego otro, y otro.

–¡Hija mía! –exclamó la madre de Kamala.

La niña sonrió y caminó lentamente hasta donde estaba su madre. Las lágrimas llenaron los ojos del padre mientras abrazaba a José. Los hombres que habían amarrado a José quedaron allí de pie, en silencio, mientras veían que Kamala se desplazaba de un lado a otro de la habitación. Las manos de la niña fueron enderezándose y haciéndose más fuertes delante de sus propios ojos.

Una puerta a la fe

Entonces, la puerta de la habitación se abrió, y entró la esposa de José. En su rostro se podía ver su confusión.

–¿Qué sucedió? –susurró-. Me dijeron que un grupo de terroristas quería quitarte la vida.

Miró a José, que aún estaba atado, y entonces observó los rostros llenos de gozo de las personas que lo rodeaban.

–Más tarde te lo contaré –le contestó José a su esposa-. Pero Dios acaba de revelar su inmenso poder a estos incrédulos.

El líder de la turba desató a José y le pidió disculpas por los problemas causados.

–Quiero saber de tu Dios, de ese Dios que ha restaurado la salud de mi hija –le dijo.

José dirigió entonces la palabra a la multitud que esperaba fuera de la casa del hombre. Varios pidieron saber más de ese Dios al que adoraba José. En menos de un año, quince personas de esa aldea fueron bautizadas, y José y su esposa ahora están trabajando con otros que también quieren conocer a Dios.

El líder de la turba que había planeado quitarle la vida a José ahora trabaja con él para enseñarles a otras personas sobre el Dios viviente. 🌍